

Marcando Su presencia

El pueblo de Israel estaba empezando a experimentar, una relación de pacto personal con Dios, mientras iban caminando y avanzando, rumbo a la tierra prometida, la Tierra de Canaán. Dios se hace presente en el libro de Éxodo en primer lugar como Libertador. Después, se hace presente como Orientador. Ahora Dios va a transformarse en una presencia exigente que llevará al pueblo a reconocerle como “Su Dios y Su Señor”, siguiendo sus preceptos y estatutos, así como también, oyendo o escuchando su ley día a día, para apropiarse de ella en sus pensamientos y en su corazón.

Esto les permitirá que, como un solo pueblo, ellos aprendan a obedecer a Dios incondicionalmente y acepten sus orientaciones, atendiendo a su ley. Bueno, también, poder adorarle de manera correcta. Al final del capítulo 23:20-25, Dios les había enunciado lo siguiente: “...Como verás, voy a enviar a mi ángel para que te preceda en el camino, y te proteja y te introduzca en el lugar que te he preparado. Ten mucho cuidado y escucha su voz. No le seas rebelde, porque él no les perdonará su rebelión, porque va en mi nombre. Pero si en verdad escuchas su voz y haces todo lo que yo te diga, seré enemigo de tus enemigos y afligiré a los que te aflijan. Sí, mi ángel te precederá y te llevará a la tierra de los amorreos, hititas, ferezeos, cananeos, jivitas y jebuseos, a los que voy a destruir. No te inclinarás ante sus dioses, ni los servirás, ni harás lo que ellos hacen. Al contrario, los destruirás por completo y harás pedazos todas sus estatuas. Pero me servirán a mí, el Señor su Dios, y yo bendeciré tu pan y tus aguas...” (RVC).

Dios entonces, orienta a su pueblo diciendo que proveería con su bondad todas las necesidades, pero les exigía, a su vez, que ellos tuviesen una actitud de rechazo hacia las prácticas paganas de los pueblos que vivían en aquella tierra. Eso era importantísimo para el futuro de la nación.

Por lo tanto, en este momento, Dios manifiesta su clara disposición de reafirmar – nuevamente– su propio pacto con el pueblo de Israel. El versículo 23:31, dice que las fronteras de la tierra se establecerían dentro de los límites determinados por Dios, y que los pueblos de alrededor serían expulsados.

Además, la orden categórica de Dios es no establecer alianzas con los pueblos de aquella tierra. Luego, en el capítulo 24, Dios habla con Moisés y lo invita a él y a Aarón, Nadab, Abiú y 70 autoridades de Israel, también conocidas a menudo como Los “70 Ancianos”. Obviamente, ya se había ido conformando una administración regente orgánicamente establecida, junto con su “Consejo de Ministros”.

Este consejo de los 70 Ancianos, junto con Moisés y sus Sacerdotes, son invitados a acercarse a Dios, hasta cierta distancia, y el texto sagrado nos muestra una atmósfera de bastante suspenso y expectativa. La Biblia nos indica en Éxodo 24:6, que antes, ellos habrían de ofrecer holocaustos al Señor.

El texto de Éxodo 24:1-5, nos detalla que: “...El Señor le dijo a Moisés: «Sube y preséntate ante mí, junto con Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel. Deberán inclinarse a cierta distancia, pero solo tú te acercarás a mí. Que no se acerquen ellos, y que tampoco suba el pueblo con ustedes. Moisés fue y le contó al pueblo todas las palabras y decisiones del Señor, y todo el pueblo respondió a una sola voz: «Acataremos todas las palabras que el Señor ha pronunciado. Y Moisés puso por escrito todas las palabras del Señor, y por la mañana se levantó y al pie del monte construyó un altar y erigió doce columnas, una por cada tribu de Israel. Luego envió algunos jóvenes israelitas para que ofrecieran al Señor holocaustos y becerros como sacrificios de paz.» (RVC).

Sigue diciendo en el capítulo 24 versículos 6 al 8, que: “...Moisés tomó la mitad de la sangre y la puso en tazones, y la otra mitad de la sangre, la esparció sobre el altar. Tomó entonces el libro del pacto y lo leyó ante todo el pueblo, y ellos dijeron: Acataremos todas las cosas que el Señor ha dicho, y las obedeceremos. Luego, Moisés tomó la sangre y la roció sobre el pueblo, mientras decía: «Esta es la sangre del pacto que el Señor hace con ustedes al darles todas estas cosas» (RVC).

Ratifica la disposición de seguir cumpliendo con el pacto establecido desde la época de Abraham para su descendencia, así como también obedecer ellos, el pacto que había sido proclamado directamente a Israel, en el monte Sinaí. Luego el texto bíblico nos explica que: “...Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel, subieron al monte y vieron al Dios de Israel. Debajo de sus pies había algo como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno...”

Así que todos los ancianos y los sacerdotes, junto con Moisés, subieron el monte y todos vieron al Dios de Israel, bajo cuyos pies había un pavimento, algo semejante a un embaldosado grandioso maravilloso de color azul claro, hecho de una piedra preciosa, el zafiro. El texto especifica también, algunos detalles muy trascendentes. “... y vieron al Dios de Israel. Debajo de sus pies había algo como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno. Vieron a Dios, y comieron y bebieron, ‘porque Dios no levantó la mano’ contra los príncipes de los hijos de Israel.” (RVC).

De esta forma, Dios revela su presencia y se manifiesta de manera especial en ese desenlace del pacto de Dios con su pueblo, que va a concluir aquí en el capítulo 24. Noten que Dios permite que le puedan ver directamente. Comieron y bebieron en su presencia, sin embargo, no murieron. Se nota que Dios tuvo una atención muy especial con ese cuerpo de ministros. Efectivamente, toma en cuenta el profundo significado del amor de Dios. Así ocurrió cuando llegaron ante su presencia, no hubo desastres que lamentar. El texto bíblico sigue adelante, detallando el resto del encuentro. Veamos juntos el versículo 24:12-18:

“...El Señor le dijo a Moisés: Sube al monte y preséntate ante mí. Espera allá, que voy a darte las tablas de piedra con la ley y los mandamientos que he escrito para instruirlos. Moisés se levantó, junto con su siervo Josué, y entonces Moisés subió al monte de Dios. A los ancianos les dijo: «Espérennos aquí, hasta que volvamos a ustedes. Miren, Aarón y Jur se quedarán con ustedes, y quien tenga algún asunto

que tratar, recurra a ellos. Al subir Moisés al monte Sinaí, una nube lo cubrió, y la gloria del Señor se posó sobre el monte y la nube lo cubrió durante seis días. Al séptimo día, el Señor llamó a Moisés desde el centro de la nube. En la cumbre del monte la gloria del Señor tenía, a la vista de los hijos de Israel, la apariencia de un fuego abrasador. Y Moisés subió al monte y entró en la nube, y estuvo en el monte cuarenta días y cuarenta noches”. (RVC).

Lo que la Biblia nos enseña es que Dios se revela al hombre en la búsqueda de ese mismo hombre, que se apartó de él; de ese hombre que está perdido, que pecó desde Adán. Y aquí Dios revela su bendita presencia liberadora, que se comunica con el pueblo y que, les habla directamente a ellos como nación, como una unidad de pueblo. Luego veremos que la presencia gloriosa y bendita de Dios se manifiesta en ese encuentro especial. A partir del capítulo 25, y hasta el capítulo 40, iremos descubriendo poco a poco, como esta presencia especial de Dios será representada por la figura del tabernáculo.

Esta construcción, podríamos afirmar que vendrá a ser como una especie de un primer templo sagrado en medio del desierto, –transportable, por cierto–, que Dios ordenó al pueblo diseñar y armar, simbolizando de este modo, la presencia de Dios en medio de la comunidad de Israel. La gran verdad es que sin la presencia de Dios no somos nada. La vida verdadera, vivida con Dios, no es la de meros mandamientos y obediencia a leyes. La vida verdadera viene del disfrute y reconocimiento de la presencia de Dios, que está en medio de su pueblo. Dios enseñó quien era, su poder, manifiesta su gloria y el pueblo ahora lo reconocerá.

Entonces nos damos cuenta que la manera concreta como Dios va guiándoles y enseñándoles, es a través de la construcción de su primer templo, durante su travesía hacia la tierra prometida, Canaán. Esta primera construcción no va a estar asentada, ni situada o vinculada a un lugar específico, pues el tabernáculo sería una especie de carpa ambulante.

Cada vez que se levante el campamento para continuar su marcha hacia la tierra prometida, el tabernáculo también se recogerá y seguirá con ellos hasta la próxima parada. El capítulo 25 comienza, dando las instrucciones. Veamos lo que declara Éxodo 25:1-6: “... El Señor habló con Moisés, y le dijo: Diles a los hijos de Israel que tomen una ofrenda para mí. La tomarán de todo aquel que de voluntad y de corazón quiera darla. La ofrenda que recibirán de ellos es la siguiente: oro, plata, cobre, azul, púrpura, carmesí, lino fino, pelo de cabra, piel de carnero teñida de rojo, piel de delfín, madera de acacia, aceite para las lámparas, especias para el aceite de la unción y para el incienso aromático...” (RVC).

El versículo 25:7, prosigue mostrando todo lo que debía ser traído para la construcción del tabernáculo. Nos especifica lo siguiente: “...piedras de ónice, y piedras de engaste para el efod y para el pectoral. Y harán un santuario en mi honor, y yo habitaré en medio de ellos. El diseño del tabernáculo y de todos sus utensilios lo harán todo en conformidad con todo lo que yo te muestre...” (RVC). Israel tenía que ofrendar muchas cosas para reunir los materiales requeridos para su construcción.

Tenían requisitos específicos para ofrendar y debía hacerse con desprendimiento y espontaneidad. Era una ofrenda o donación libre y voluntaria. Nota que el texto en el capítulo 25 versículo 2, enfatiza lo siguiente: “...Diles a los hijos de Israel que tomen una ofrenda para mí. La tomarán de todo aquel que de voluntad y de corazón quiera darla.” (RVC).

Observaremos entonces que, de aquí en adelante, el capítulo 25 de Éxodo, detallará todo lo que debía ser incluido en el tabernáculo, tal como fuera ordenado por Dios, para representar su presencia en medio de su pueblo. Esa presencia también manifestaba la relación correcta que el hombre de la comunidad de Israel, debía tener con Dios. ¿Puedes imaginar de manera general, que este tabernáculo simbolizaba a Dios presente en su pueblo? La presencia de Dios exige purificación y santidad, por lo que observaremos que la relación del adorador con Dios también incluirá obviamente, una ética y purificación ceremonial.

Después habrá una relación muy profunda entre el tabernáculo y la propia persona de Cristo, lo cual observaremos, por ejemplo, en el libro de “Los Hebreos”, que comentará la relación entre el tabernáculo y la persona de Cristo.

Cristo, dice en el evangelio de Juan, “tabernaculó” entre nosotros, es decir, él habitó entre nosotros. Jesucristo es Dios presente entre nosotros hoy, y de alguna manera el tabernáculo es prefigura de Cristo; aunque no es recomendable, según los expertos, intentar establecer una relación detallada entre el tabernáculo y la persona de Cristo, pues pudiera tornarse muy subjetivo. El tabernáculo podía proveer a través de los altares y la acción de los sacerdotes, sacrificios que, de acuerdo con el libro de Hebreos, todavía eran imperfectos. Pero en Cristo sí tendremos el sacrificio absoluto y perfecto, porque Él de hecho vino a concluir la obra salvadora de Dios para la propia humanidad. Dios marca, así, su presencia en medio de su pueblo. La presencia de Dios se manifiesta prometiendo la conquista y la victoria del pueblo en la tierra, en un ambiente donde todavía prevalecen los paganos. La presencia de Dios concretiza igualmente, su pacto y la revelación de la gloriosa presencia divina entre su pueblo. Por lo tanto, ese pueblo ha de tener una ética purificada ante el Dios que tiene una presencia exigente. Alabado sea Dios, pues marcó su presencia en medio de la comunidad de su pueblo.